

de aquellos rostros, que no es posible mirar sin que hagan una impresion que se ofrece á la memoria mucho despues de haberse borrado: impresion á la que nuestra imaginacion atribuye cien motivos, y que supone causados por la influencia de diferentes géneros de commociones. Todos deben acordarse de ciertas fisonomias de este género, que, por una originalidad seductora de expresion, viven mas largo tiempo en la memoria, y cautivan mas imaginations que las bellezas mas perfectas.

— Milor, dijo, parece que mi velo levantado ha producido en Vuestra Señoría un efecto mágico. ¿Así mirais á la princesa cautiva, cuyo signo el mas leve debia ser una orden para un vasallo tan ilustre? ¡Ah! creo que se halla en peligro de que la pongan de patitas en la calle como á Cendrillon, y que vaya á probar fortuna entre los lacayos y mozos de cordel.

— ¡Estoy confundido! exclamó el duque. Es preciso que ese pícaro de Jerningham.... ¡Yo le romperé los huesos á ese miserable!

— No busqueis disputas con Jerningham, mi-

lor, culpád mejor á vuestra desdichada ausencia. En tanto que corriais la posta, de orden del rey, con botines de raso, la dama verdadera de vuestros pensamientos pasaba el tiempo aquí en dolor y lágrimas, en la soledad á que vuestra ausencia la condenara. Ha estado aquí dos dias inconsolable, pero al tercero vino una encantadora africana á obrar un cambio de escena para ella, y una metamórfosis personal para Vuestra Señoría. Me parece, milor, que no sonará esta aventura muy bien, cuando algun trovador fiel cante las proezas galantes del duque de Buckingham.

— ¡Apaleado y escarnecido al mismo tiempo! exclamó el duque, ¡pero por quanto hay de picante! La chiquita tiene talento para la sátira. Decidme, bella princesa, ¿cómo habeis tenido atrevimiento á tomar parte en la complicidad de una pasada como esta?

— ¡Atrevimiento! milor, preguntad á otros de ese modo, pero no á una muger que nada teme.

— Por vida mia, lo creo así, porque la naturaleza te ha bronceado la frente. Pero respón-

dame vm. mistress; ¿cómo se llama vm.? ¿Qué condicion es la de vm.?

— ¿Mi condicion? ya os lo he dicho yo soy encantadora de profesion, pero en Mauritania. ¿Mi nombre? Zarah.

— Pero me parece que esa cara, esa talla, esos ojos.... decidme, ¿no habeis hecho que os tengan por una hada bailarina? ¿no era vm. una cosa tal, hace dos ó tres dias no mas?

— Podeis haber visto á mi hermana, mi hermana gemela, pero no á mí, milor.

— ¡De veras! ¡Pues bien! su doblada de vm., si acaso no es vm. la misma, estaba poseida de un demonio mudo, como vm. lo esta del espíritu de la charla; pero aun conservo en la idea que vm. y ella no son mas que una, y que Satanás, siempre tan poderoso sobre su sexo, ha dado á su primera entrevista la facultad de retener su lengua.

— Creed en esto lo que gustéis, milor: vuestra persuasion nada podrá mudar de la verdad. Y ahora me quiero despedir de Vuestra Señoría. ¿Teneis algo que mandar para la Mauritania?

— Esperad un poco, princesa mia, un po-

co. Piense vm. que ha tomado el puesto de otra, y que por ello está sometida á la pena que mejor me acomode imponer. Nadie se burlará de Buckingham impunemente.

— No tengo yo tanta prisa, milor, y si vuestra señoría tiene algo que mandar aun puedo esperarme.

— ¡Qué! no teme vm. ni mi resentimiento ni mi amor, bella Zarah.

— ¡Ni uno ni otro, por este guante! Vuestro resentimiento debe ser una pasion muy mezquina, si es capaz de descender hasta caer sobre un ser tan debil como yo; y en cuanto á vuestro amor.... ¡Ah! ¡Ah!

— ¡Y por qué ese ah! ¿por qué ese tono de desprecio? ¿Piensa vm. que Buckingham no es capaz de amar, y que nunca se ha visto correspondido?

— Ha podido él creerse amado pero, ¿por qué criaturas? por mugeres atestadas de trozos insipidos de comedia que bastaban para trastornar el juicio al que tenia lleno el cerebro de zapatos y tacones encarnados y botines de raso blanco, para quien el argumento de una estrella bordada en el vestido es irresistible.

— Y, ¿no hay tambien en su pais de vm hermosas tan frágiles, desdeñosa princesa?

— Las hay, ciertamente, pero se las mira como papagayos y monas, criaturas destituidas de sentimiento, corazon y juicio. La proximidad del sol ha purificado nuestras pasiones infundiéndoles mas vigor. Antes podrán serviros vuestros témpanos de yelo como martillos para sacudir en barras de hierro hecho ascua y forjar rejas de arado, que lo necio y fatuo de vuestra galanteria pueda causar la impresion mas leve en un corazon como el mio.

— Habla vm. como muger que conoce lo que es una pasion. Siéntese vm., bella dama, y no tenga vm. á mal que la detenga un poco mas. ¿Quien podria consentir separarse de una persona cuyos acentos son tan melodiosos, su mirar tan elocuente y expresivo? ¿Con que, vm. sabe lo que es amor?

— Sé lo que es, prescindiendo de que lo sepa por experiencia ó por haber oido hablar de él. Pero yo sé muy bien que amar del modo que yo amaria, seria no ceder una pulgada á

la codicia, una linea en favor de la vanidad, sin sacrificar jamas el mas leve sentimiento al interés ni ambicion, sino abandonándolo todo, todo sin reserva ni restriccion á la fidelidad del corazon y al cariño mutuo.

— Y, ¿cuantas mugeres cree vm. capaces de formarse una pasion tan desinteresada?

— Millares mas que hombres hay capaces de merecerla. ¡Ah! ¿cuantas veces verá vm. una muger pálida, miserable y abatida que va con paciencia siguiendo al déspota que la tiraniza, soportando sus injusticias con la sumision del fiel y sincero falderillo, que aun maltratado por su dueño avinagrado y el mas inhumano, espera de él una mira que reputa como un favor, y que hace mas aprecio de ella que de cuantos placeres pueda el mundo proporcionarle? Pensad bien lo que seria una muger para quien mereciese su afecto y le lograra.

— Tal vez todo lo contrario; y, á mi parecer la comparacion no es exacta. Yo no puedo acusar á mi faldero de perfidia, y con respecto á mis queridas, debo convenir en que deberia

darme una prisa de todos los diablos, si habia de tener el honor de cambiar antes que ellas.

— Os tratan como mereceis. ¿Qué sois vos, milor? No frunzais el entrecejo, alguna vez habeis de oir la verdad. Hizo la naturaleza cuanto hacer podia en daros las gracias exteriores; y la educacion añadió á ellas sus calidades. Sois noble por el acaso del nacimiento; bien formado por un capricho de la naturaleza; generoso, porque es mas facil dar que negar; andais bien puesto, pero vuestro sastre tiene todo el mérito, sois bastante alegre en razon de vuestra juventud y salud perfecta, bravo, por no degradaros, agudo, porque no podeis dejar de serlo.

Dió el duque una mirada á uno de los espejos de cuerpo entero que habia en el salon. — ¡Noble, bien hecho, generoso, bien puesto, alegre, valiente! exclamó él; á la verdad, señora, me concede vm. mucho mas de lo que apetezco, y seguramente es bastante, bajo ciertos respectos á lo menos, para merecer las atenciones de una muger.

— No os he concedido ni juicio ni corazon,

milor, dijo Zarah con cachaza. No debeis poneros encarnado, como si fuerais á tragarme: no digo que la naturaleza os los haya negado, pero la locura turbó el primero, y el egoismo pervirtió el segundo. El hombre que merece llamarse tal es aquel, cuyos pensamientos todos y acciones se refieren antes á los demas que á sí mismos, cuyos proyectos todos se fundan en principios de justicia y que nunca los renuncia, en tanto que le proporcionan el cielo y la tierra los medios de lograrlos. Es aquel, para quien la esperanza de adquirir una ventaja indirecta, no es un motivo para seguir el buen camino, y que no sigue el malo, aun por llegar á un fin realmente laudable. Tal es el hombre, para quien el corazon de una muger seria fiel, en tanto que latiera, y á quien quisiera ella seguir á la tumba.

Hablaba ella con tanta enerjía, que la brillaban los ojos con un resplandor casi sobrenatural, y los sentimientos que expresaba hacian aparecer vivos colores en sus megillas.

— Habla vm., dijo el duque, como si tuviera vm. misma un corazon capaz de pagar el tri-

buto mismo de que habla con tanta eficacia.

— Si, respondió ella poniéndose la mano al pecho. El corazon que late aquí comprobaria cuanto he dicho, en vida y en muerte.

— Si estuviera en mi poder, dijo el duque, á quien este ser extraordinario iba ya inspi-rando mas interés de lo que al principio ha-bia creído posible, si estuviera en mi poder alcanzar un afecto tan fiel, creo sabria recom-pensarle de un modo digno.

— Vuestra fortuna, vuestros títulos, vuestra reputacion de galanteria, todo cuanto teneis, seria todavía muy poco para merecer un cariño tan sincero.

— Vamos, bella dama, dijo el duque como picado, no seais tan desdeñosa. Creed que, si vuestro amor es oro neto, puede á lo menos ofrecer un pobre diablo plata en cambio. La cantidad recompensa entonces la calidad.

— Pero yo no pongo en precio mi afecto, milor, y por consecuencia no tengo necesidad ninguna de la moneda falsa que me ofreceis en retorno.

— ¡Cómo puedo yo saberlo, querida mía?

Este es el reino de Pafos, vos le habeis inva-dido, mejor que yo sabeis con qué intento; pe-ro creo que no se acuerde, con ese aire de crueldad que afectais. Vamos, vamos, unos ojos tan brillantes pueden brillar con el placer como con el desprecio y el enojo. Vos sois aquí una paloma bravia en los dominios de Cu-pido; y yo soy quien os echa mano á nombre de ese Diosecito.

— No me toqueis, milor, no os acerqueis á mi, si quereis saber por que me hallo aquí. Puede muy bien suponerse Vuestra Señoría un Salomon, si le agrada; pero yo no soy una reina que viene de un pais distante para adu-lar vuestra soberbia, ó admirar vuestra glo-ria.

— ¡Un desafío, por Jupiter! exclamó el duque.

— Os engañais, milor, no he venido sin to-mar las precauciones necesarias para retirar-me en buen orden.

— Eso es hablar grandemente; pero jamas ningun comandante de fortaleza encarece mas sus recursos que cuando la guarnicion trata de

capitular. Ved aquí como paso yo la primera cortadura.

Una mesa larga y estrecha que estaba entre ambos habia sido hasta entonces la linea divisoria entre ellos, y que puesta junto á la ventana ya mencionada formaba como una barrera entre la dama contra quien se dirigia el ataque, y el caballero emprendedor. Retiró el duque la mesa para quitarla de enmedio; pero al mismo instante, la desconocida, que observaba todos sus movimientos, tomó el portante por la ventana. Buckingham gritó sorprendido y horrorizado, no dudando, á lo primero, que se hubiese precipitado de una elevacion lo menos de catorce pies, porque la ventana dista tanto como esto de la tierra. Pero habiéndose puesto apresurado á la ventana, vió con la mayor admiracion que habia descendido con agilidad y sin hacerse el menor daño.

El exterior de esta gran casa estaba decorado con una porcion de esculturas que presentaban aquella mezcla de arquitectura griega y gótica, caracter del siglo de Isabel y sus sucesores, y aunque debió parecer el efecto sor-

prendente, podian ofrecer estos adornos á una criatura tan agil y de tan poco peso puntos de apoyo suficientes para efectuar su descenso, aun con precipitacion.

Picado vivamente el duque de curiosidad, y rabioso por lo mortificado que se habia sentido, pensó al principio ir tras ella por el mismo camino, aunque demasiado expuesto. Aun se subió al antepecho de la ventana, y examinó donde podria poner el pie con seguridad, cuando desde el centro de un bosque, donde la desconocida se habia internado, oyó cantar las coplas siguientes, sacadas de una cancion entonces muy en voga, que se hizo con alusion á un amante desesperado que queria precipitarse de lo alto de una roca.

Mas ya la cabeza fuera,
Se asustó al verse tan alto,
Y pensó que mejor era
Bajarse por la escalera
Que dar un tamaño salto.

El amante mas amante
Por su querida burlado
Puede curarse al instante
(Sale c. apostol garante)
Mas ¿Quién sana á un descrismado?

No pudo menos el duque de reirse, aunque bien á pesar suyo, de la aplicacion de estos versos alusivos á su ridícula situacion, y volviendo á bajar al cuarto, renunció una empresa que le hubiera podido ser tan peligrosa como desatinada. Llamó en alta voz á sus gentes, y, en tanto que acudían, se contentó con observar el bosque donde viera entrar á la que se llamó Zarah, no pudiendo decidirse á creer que una muger, que habia venido en cierto modo á presentársele, realmente tuviese el designio de mortificarle con una retirada como esta.

Decidióse esta cuestion en un instante. Una muger, ó mas bien una forma aerea, cubierta con un capoton y con sombrero de ala grande con una pluma negra, salió del bosque y desapareció en un momento en medio de las ruinas y escombros, que, como ya se dijo, se extendian por el dominio entonces llamado York-House.

Los criados del duque obedientes á las órdenes que les habia dado con una especie de impaciencia, recorrieron de prisa todo este ter-

reno, en busca de la sirena, cuya voz acababa de oirse. El amo, siempre fogoso y vivo en sus deseos, y mas cuando su vanidad estaba picada, les prodigaba promesas y amenazas; pero todo sin fruto: no se halló nada de la princesa de la Mauritania sino el turbante, el velo y las chinelas de raso, que sin duda se propuso dejar para tomar otros adornos menos chocantes.

Viendo el duque que todas sus diligencias eran vanas, á imitacion de los niños mimados de todos los tiempos y clases, se abandonó á la violencia de su ira, juró vengarse de la que le habia chasqueado, aplicándole todos los nombres y adjetivos de desprecio que pudo suministrarle su memoria, entre los cuales se oyó varias veces la expresion elegante de *criatura*.

El mismo Jerningham, que conocia muy bien todas las pasiones de su amo, y que sabia manejarlas sin irritarlas, casi á cada instante, no juzgó del caso en esta ocasion presentarse delante de él. Encerróse con la vieja beata, y protestó, bebiendo con ella una botella de ratafia, que, si Su Señoría no cuidaba de repre-

mir el furor de su genio , la soledad , las cadenas , una cama de bálago y Bedlam serian el término de la carrera del célebre y perfecto Villiers , duque de Buckingham.

CAPITULO IV.

¿ Cual de esas disensiones fué el origen ?
Vais á juzgar : que no es asunto leve.

Albion.

Las disputas entre marido y muger pasaron á ser proverbio , pero no piensen los buenos y honrados esposos que las uniones de naturaleza menos estable no tengan que deplorar altercados iguales. El arrebató amoroso del duque de Buckingham , y la desaparicion de Adelaida